

torres. No volvió á figurar en los anales de los pueblos, y á los pocos años hasta se vió abandonada á su destino. Quedó con algunas murallas y torreones que levantan aún al cielo sus sombrías coronas de almenas; pero no los ostentó ya á los ojos del viajero como instrumento de defensa, sino como lúgubre cenotafio erigido á la memoria de Ibrahim, como monumento de gloria levantado para recuerdo de Pedro Girón. ¡Salud, muros y torres testigos de tantas hazañas! ¡Que jamás se borren los recuerdos consignados en vuestras imponentes ruinas!

¡Antequera es también un monumento! Un infante de Castilla que fué después rey de Aragón conquistó allí sus únicos laureles; un caballero tan ilustre por su hidalguía como por sus proezas la escogió por teatro de sus brillantes hechos y vinculó en ella sus glorias militares, su fortuna y el nombre y la fortuna de todo su linaje. Ciudad antiquísima, como parece revelarlo su mismo nombre, gozó ya de mucha fama durante la dominación romana: se la declaró municipio, se la fortaleció con un castillo de que se conservan ruinas, se la decoró con templos y palacios sobre cuyos techos irguió su cúpula altanera el Panteón de los Dioses, construído por M. Agrippa y restaurado por los emperadores. Tuvo como otras tantas ciudades la desgracia de ver asolados sus monumentos por las frameas de los bárbaros y el desconsuelo de no encontrar quien la levantara de los escombros; vióse durante siglos abandonada, oscurecida, despreciada, muerta; mas no por esto dejó ni podía dejar de existir una ciudad puesta al abrigo de una sierra, cercada de una rica y espaciosa vega que bañan dos ríos y multitud de arroyos y llena de vida en sus alrededores. Convidados los árabes por la fecundidad del suelo y su constante afán en habitar risueñas campiñas regadas por caudalosas corrientes, la miraron con la predilección que los romanos; y ya que no la enriqueciesen con magníficos templos ni alcázares suntuosos, la dieron los ríos y los arroyos por esclavos y un valle delicioso y fecundo por alfombra. Labraron en ella una mezquita y al parecer una casa

de armas; pero en su sistema de cultivo y riego dejaron principalmente perpetuado el recuerdo de su dominación benéfica.

Hoy es aún Antequera una de las ciudades más bellas y animadas del centro de Andalucía. Situada al pié de una colina en cuya cumbre no quedan sino los escasos restos de un castillo, salpicada de monumentos cristianos del siglo xvi que hierguen sus torres y sus cúpulas sobre las tres mil casas que cuenta en su recinto, animada por los murmullos de las aguas que fertilizan sus contornos, dibujada á los ojos del que la mira desde el norte sobre la falda de la sierra del Torcal, sierra grave é imponente como todo lo grande, bella como todo lo que la naturaleza cubre con sus más pingües dones, caprichosa y fantástica como esas misteriosas grutas formadas por las revoluciones de la tierra, tiene todavía un conjunto agradable y pintoresco no sólo para el que acabó de atravesar los ásperos cerros de la frontera septentrional de Málaga, sino también para el que viniendo del Mediodía pudo admirar ciudades levantadas en vastos y risueños valles que limita por una parte el mar y por otra montes de cumbres desiguales coronados de torres y atalayas. No reúne grandes bellezas artísticas á pesar de lo numerosos que son en ella los monumentos con que la embelleció la piedad de reyes, barones y prelados, porque, sujeta como los demás pueblos á las vicisitudes del gusto, y no conservando casi nada de los templos en que doblaron las rodillas sus conquistadores, apenas deja entrever en el fondo de sus frías naves greco-romanas un solo rasgo del poético estilo de la Edad media; mas tiene en cambio recuerdos que no desaparecerán ni con la última de sus piedras y aun la embellecerán en sus ruinas si la borrarse el destino de la faz de esa tierra que la ha visto en mejores tiempos cubierta de gloria y poesía. Donde estuvieron las antiguas casas del cabildo hay ahora un arco de sillería que no sin razón lleva el nombre de arco de los Gigantes; y este arco, hoy solo, es una historia, es un libro de piedra que tiene por hojas lápidas de la antigüedad romana, por leyenda firmas y

hechos de personajes cuyos nombres dispersos por las heterogéneas creaciones de veinte siglos son el resumen, la cronología, la síntesis de una época. No sólo están consignados en ese álbum los principales sucesos de Anticaria; también lo están los de Singilia, los de esa antigua ciudad, sita en las márgenes del Guadalhorce, en lo alto de un monte cubierto aún de mármoles, alabastros, búcaros, sepulcros, algibes, ruinas de una vasta ciudadela cuyos muros podían contener hasta cinco mil soldados, restos de una naumaquia y vestigios de uno de esos anfiteatros donde luchaban entre sí los gladiadores para diversión de un pueblo embrutecido. Los que libraron de algún azote á esas ciudades, los emperadores que las favorecieron, los que levantaron templos en honor de los dioses del Olimpo, los que merecieron bien de los municipios, hasta los que llenos de amor consagraron una memoria funeraria á sus familias tienen grabado allí para siglos de siglos el recuerdo de sus generosos sentimientos. ¡Sería de sentir que desapareciera ese arco histórico! Ciudades que, como la mayor parte de las nuestras, no brillan sino por su pasado, deberían recoger con afán restos que tanto pueden favorecer su orgullo y tal vez explicar su caída.

Álzase aún en la cumbre del monte, á cuyo pié está Antequera, viejos muros y sombrías torres, ruinas aún elocuentes del castillo. Nada tampoco hay que admirar en él, nada que pueda hablar á los ojos ni al alma del artista; mas ¡qué de recuerdos no brotan también de esos escombros, presa ya de una vegetación parásita que va minando hasta lo más hondo de sus cimientos! Contra esos muros hoy destruídos se estrelló el valor de Pedro de Castilla, ese monarca cuya voluntad de hierro vencía los más insuperables obstáculos. En el fondo de esos torreones que va desmoronando el tiempo profirió sus más enérgicas palabras aquel severo Alkarmen, que no sucumbió sino ante la inflexible ley de su destino: aquí combatió y arrojó la muerte Fernando de Antequera y pelearon y vencieron los más grandes héroes de su tiempo; aquí logró al fin plantar la cruz

después de haber pasado sobre la ciudad, cuyos hijos yacían insepultos entre los escombros. Fué este castillo en los primeros tiempos de la conquista el más temido alcázar de los moros de Granada: vivían en él de alcaldes los Narváez, y era espantosa en los combates la lanza de esos bravos caballeros. Rodrigo, el primero de esa familia que poseyó la alcaidía de Antequera, fué respetado hasta de los mismos árabes, que admiraban tanto sus proezas como los nobles sentimientos que desplegó al ver en sus manos la suerte de Jarifa y su desdichado amante (1).

(1) Ese rasgo de generosidad de Rodrigo de Narváez es una de las tradiciones más populares que tenemos en España. Nos ha sido transmitida por autores árabes y cristianos, ha sido cantada por muchos de nuestros romanceros, celebrada por Jorge de Montemayor, y referida con bello lenguaje y gran sentimiento por Antonio de Villegas, que la publicó con el título de *Historia del Abencerraje y la hermosa Jarifa*. Consiste en lo siguiente: — Rodrigo de Narváez, dicen, no dejaba de recorrer ni un solo día los alrededores de Antequera. Salió una noche con nueve hidalgos; y movido después de una larga excursión, tanto por el cansancio como por el espectáculo que ofrecía la naturaleza bañada por la luz de la luna y dulcemente agitada por frescas brisas que perfumaba el aliento de las flores, se apeó, se tendió sobre la yerba y se entregó á las tranquilas emociones que suele despertar á tales horas la vista de campos risueños y de un cielo puro. Sintió á poco rumor de pasos, montó rápidamente á caballo, dividió á los suyos en dos grupos, y se dirigió en silencio á una encrucijada por donde creyó que había de pasar el que le había puesto en alarma, que era un gallardo moro como de veinte y tres años, montado en una yegua andaluza, tan ligera que apenas dejaba impresa en el suelo la herradura.

Venía el moro cantando una canción de amores llena de gracia y de poesía, tan preocupado al parecer por una idea, que pasó por junto á los cristianos sin reparar en ellos. No se dejó, sin embargo, sorprender por los del primer grupo que le acometieron; enristró la lanza, derribó al que tuvo más cerca, y dando del acicate á su caballo, escapó como sombra dejándolos sin esperanza de alcanzarle. Corrió, voló, pero tuvo que detenerse al fin herida su yegua por un venablo que le arrojó Narváez, que apenas vió á los suyos en peligro, se disparó como un rayo contra el audaz mancebo. No bien se vió cautivo, cuando arrojando con gran desaliento la lanza, prorrumpió en lágrimas sin abrir los labios hasta que le hubo preguntado su vencedor quién era, á qué tribu pertenecía y la causa de su llanto, muy impropio en caballero que tan buena razón acababa de dar de su valor y de sus armas. Contestó entre sollozos que era abencerraje é hijo del alcaide de Ronda, y dió tan bien á entender que procedía su sentimiento de motivos mayores que el de su cautiverio, que Rodrigo no veía llegado el instante de oír de sus labios la historia de sus tristes aventuras.

Refirió el mancebo como hacía muchos años que no vivía sino por la hija del alcaide de un castillo inmediato, muy enemigo de su linaje. «Por mi Jarifa, añadió, he arrojado la muerte en cien combates, y no siento más que no haberle podido conquistar una corona para cegar con ella los ojos de su padre. Hoy esperaba tener la ventura de conducirla á mi patria en la delantera de mi caballo: teníamos

Al verse amenazado por los infieles cuando subió Mohamed el Zurdo al trono de Granada, salió de ese castillo con un puñado de valientes, se emboscó hacia la Peña de los Enamorados, cayó de improviso sobre los enemigos, y no satisfecho con arrebatárles el botín que habían recogido en asoladoras incursiones, los persiguió é hizo en ellos tal estrago, que aún hoy se conoce el sitio de la batalla con el nombre de Torre de la Matanza, y al remover aquel suelo empapado en sangre se da aún con espuelas, estribos, espadas y otras armas que hubieron de dejar allí con los vencidos. Su hijo y sucesor en la alcaidía, Pedro de Narváez, no fué tan afortunado, pero tuvo por su desgracia el mismo arrojo, la misma bravura que todos los de su linaje. Los abencerrajes de Mohamed estaban á las puertas de Antequera en tanto que él iba recorriendo los límites de Castilla: regresa corriendo á la ciudad, llega hasta cerca de Riogordo, da con un ejército de infieles y empeña sin vacilar la lucha. No tiene fuerzas para combatir con tan poderoso enemigo; pero nada teme confiado en su Dios, su corazón y el valor de sus soldados. Pierde á poco sus peones, que le vuelven sin rubor la espalda, pierde á poco las dos terceras partes de escuderos que le acompañaban, pierde al fin hasta los cincuenta que le quedaban de tan desigual pelea; mas ni aun viéndose solo quiere rendirse. Desesperado, frenético al contemplar á los suyos, fugitivos unos, re-

concertada la fuga, y estará la infeliz esperándome en vano entre las sombrías alamedas que crecen al pié de su castillo. No es el rigor de mi suerte el que me espanta, es la amargura que ha de sentir ella al ver que asoma el alba y su amante no parece.» No pudo continuar, pero bastó lo dicho para conmovér á Narváez, que le dió lanza y caballo y le permitió que fuera á ver á la bella Jarifa bajo juramento de que se presentaría al amanecer dentro de los muros de Antequera. Voló al castillo, habló á la mora, la encontró resuelta á ser compañera de sus infortunios, la puso en su caballo adornada con sus ricas joyas, partió á todo escape hacia Antequera, se arrojó á los piés del generoso alcaide, y le ofreció por rescate las alhajas de la sin par cautiva.

No paró allí la magnanimidad de Narváez: declaró libres á los dos amantes, embelleció con nuevas joyas la frente de Jarifa, la presentó á los caballeros y damas de la ciudad, intercedió por el moro al padre de la novia, y destacó una brillante escolta para que los pusiera salvos en las puertas de Ronda, patria del enamorado abencerraje.

vueltos otros entre el polvo del combate, se precipita sobre las filas moras, y sólo con la vida suelta la espada. Día de luto fué este para la ciudad, y aún más para el castillo en que tantas veces animó sus tropas con palabras hijas de un corazón entusiástico por la gloria. Era la tenacidad una de las cualidades distintivas de esta raza: Hernando de Narváez, digno hermano de ese infeliz D. Pedro, odiaba tanto la paz, que aun viéndose libre de enemigos, no sabía dejar quietas sus armas. Invadía las fronteras de otras alcaidías al recibir noticia de que habían entrado en ella enemigos de Castilla; y si por acaso llegaba á sus oídos la fama de alguna derrota sufrida por los cristianos, pensaba luégo en tomar por sí mismo la venganza. Sabedor del cautiverio del conde de Castañeda y el obispo D. Gonzalo, sin respetar treguas, sin oír más que la voz de su ira, se armó, cayó sobre la hoya de Málaga, donde estaban los moros apacentando tranquilamente sus rebaños, la taló del uno al otro extremo, y no vaciló en aguardar á sus enemigos, que en número de mil infantes y cuatrocientos caballos acababan de salir de Málaga á las órdenes del bravo alcaide Aliatar, uno de los más leales servidores que tenía á la sazón la corte de Granada. Avisáronle llenos de temor sus delanteros, y hasta hubo capitanes que le propusieron batirse en retirada; pero no les contestó sino enristrando la lanza y acometiendo con furor al jefe moro, sobre cuyo cadáver pasó con todos los suyos entre un ejército ya sin cabeza. Imposible parecía que un Narváez volviese la espalda al enemigo: preferían morir á retroceder, como si temieran que ese mismo castillo que les servía de albergue se había de desplomar sobre ellos en cuanto penetrasen vencidos en sus puertas cercadas de torreones.

La ciudad tiene también sus recuerdos; pero no grandes monumentos. Entre tantas iglesias como cuenta en su recinto, inútilmente busca ya el viajero la del Salvador, tumba de sus bravos alcaides, lugar siniestro en que la astucia del joven Hernando dominó el débil y vacilante carácter de Enrique IV le-

vantando sombras y espectros capaces de conmover corazones más bravos que el de un monarca afeminado por todo género de placeres (1).

Monumentos que contengan algún recuerdo importante no existen ya en Antequera si exceptuamos el convento de San Agustín, donde se conserva aún el blasón de Ruiz Díaz de Rojas y Narváez, padre político del segundo alcaide de la ciudad, caballero de los más bravos que hubo en Andalucía, á quien no sin razón llamaban en su tiempo el héroe de la gran lanzada. Ganó Ruiz diez y siete banderas á los moros, y entre tantas luchas como sostuvo se asegura que no salió nunca vencido. Consérvanse en el convento los blasones, no los estandartes suspendidos por la mano de su hijo en los arcos torales

(1) Temiendo el joven alcaide que el rey pretendiera quitarle el destino de su padre con objeto de conferirlo al ambicioso Alonso de Aguilar, es fama que no quiso recibirle en la ciudad con más de quince escuderos; alzó tras ellos el puente para impedir el paso á las tropas castellanas; y le condujo al templo de San Salvador, donde negros tapices que colgaban desde el techo al pavimento dejaban casi en completa oscuridad la nave, alumbrada sólo por algunas antorchas que brillaban ante el cadáver de Rodrigo, tendido en su ataúd con las llaves de la ciudad en la mano. Hizo en breve Hernando aparecer á la vista de Enrique una procesión de frailes con cirios mortuorios que fueron á ponerse en ala ante el misterioso féretro, é hizo resonar bajo los piés del rey un sordo y vago rumor que terminó con la estrepitosa rotura de una losa por entre la cual salió un coro de mujeres medio desgreñadas, quejumbrosas al pronto, poseídas poco después por la ira, agitadas luego por una desesperación profunda que las llevó á cercar al rey y las obligó á decirle: ese cadáver que yace aquí fué un héroe: uno de nuestros mayores le entregó esas llaves; arrebatádselas si os atrevéis: su hijo no podrá ultrajar ni ver ultrajar nunca la memoria de su padre. El rey se amedrentó, prometió á Hernando conservar le la alcaidía, y cuando no ansiaba ya salir de aquel lúgubre recinto, vió con mayor sorpresa que antes descolgarse de repente los tapices, desaparecer frailes y plañideras y hundirse con estrépito el sepulcro de Rodrigo, quedando bañado en luz, en vida, en alegría el templo que no há mucho parecía el teatro de la muerte. Alonso de Aguilar, al saber tan atrevido suceso, juró vengarse del alcaide, y hasta amenazó la ciudad; pero no desoyó su reto el valeroso Hernando, que cayó con los suyos sobre él y se cebó en las tropas que le acompañaban como si no fuesen tropas castellanas.

Esta tradición existe aún viva en la memoria de los antequeranos. ¿Dónde está, sin embargo, el escenario de tan singular acontecimiento? ¿Dónde está la nave en que pueda la fantasía reconstruir ese aparato lúgubre, hijo de la ambición, de la rivalidad, del escaso respeto que infundía á la sazón el trono de Castilla, del vergonzoso estado de los negocios políticos en una época en que nobles y prelados se atrevieron á destronar y á insultar en efigie á su rey no en el casco de una ciudad murada, sino á la plena luz del día y en medio de los campos de Ávila?

de la iglesia. El siglo XVI quitó á la ciudad algo del colorido poético que le daban los humildes monumentos levantados por los conquistadores; los siglos XVII y XVIII fueron arrebatándole uno por uno sus trofeos; el XIX al fin sepultó con mano implacable en el olvido los postreros vestigios de su gloria, sus últimos recuerdos. Los templos que vinieron á sentarse sobre las ruinas de los antiguos presentan aún en su mayor parte belleza y majestad, elegancia y grandeza: las soberbias cimbras que sostienen sus bóvedas descansan sobre pilares cubiertos de arrogantes columnas; sus tabernáculos son ricos y suntuosos; sus pavimentos, de mármol; sus coros, muros de madera cubiertos de bellas esculturas; pero, fríos, monótonos y sin historia, ¿dónde podrá el artista fijar con placer sus ojos? ¿Dónde esplayar su imaginación el poeta? Antequera es ya ciudad que apenas puede llamar la atención sino por los favores con que la enriqueció la naturaleza. El viajero que corra en busca de grandes impresiones, que desee leer los sucesos en las mismas piedras que les sirvieron de teatro, que pretenda contemplar monumentos donde pueda ver reflejados el carácter y las instituciones de los pueblos, no puede hacer mas que echar sobre ella una mirada pasajera y seguirnos entre los ejércitos de cruzados que van á llevar la guerra al corazón de Granada y á sostenerla hasta que puedan doblar la rodilla ante el estandarte de la cruz enarbolado en una de las torres de la Alhambra.

